

lady Macbet. ¿Cree usted que, publicando esas pruebas, cambiaría de rumbo la creencia universal?

—De ningún modo—respondió el señor Leterrier.

—Tampoco yo lo creo—suspiró el señor Bergeret.

En aquel momento se oían clamores en la plaza pública. Eran los ciudadanos, que, según costumbre, iban á romper los cristales del zapatero Mayer por respeto al ejército.

Gritaban: «¡Muera Zola! ¡Muera Leterrier! ¡Muera Bergeret! ¡Mueran los judíos!» Y como el rector sintiera alguna tristeza y alguna indignación, el señor Bergeret le argumentó que era preciso comprender el entusiasmo de las turbas.

—Esta multitud—dijo—va á romper los cristales de una zapatería. Lo conseguirá sin trabajo. ¿Cree usted que tal hacinamiento de hombres conseguiría tan fácilmente poner cristales ó campanillas en casa del general Cartier de Chalmot? Seguramente, no. El entusiasmo popular no es constructor. Es esencialmente subversivo. Esta vez se alza contra nosotros. Pero no hay que tener en cuenta esta circunstancia particular, y debemos buscar las leyes á las cuales obedece su pensamiento.

—Sin duda—respondió el señor Leterrier, que era el candor mismo—. Pero lo que sucede me consterna. ¿Podemos, sin lamentarlo, ver agitarse contra la justicia y la verdad á este pueblo

francés, que ha sido el maestro de Derecho en Europa y en todo el mundo, y que enseñó la justicia al universo?

VIII

Habiendo muerto á los noventa y dos años el presidente de Audiencia, señor Cassagnol, se le condujo á la iglesia en el coche de los pobres, conforme á la voluntad que había expresado en vida. Esta disposición fué juzgada en silencio. La conciencia toda sentíase ofendida secretamente, como por una señal de desprecio hacia la riqueza, objeto del respeto público y como por el ostensible abandono de un privilegio ligado á la clase burguesa. Recordaban que el señor Cassagnol había mantenido su casa muy decorosamente y mostrado hasta la extrema vejez una severa corrección en su vestir. Aunque le vieron sin cesar ocupado en obras católicas, nadie había pensado en decir, aplicándole las palabras de un orador cristiano, que amaba á los pobres hasta hacerse semejante á ellos. Lo que no se creía proceder de un exceso de caridad, pasaba por una paradoja de orgullo, y esta humildad soberbia era considerada fríamente.

Lamentaban que el difunto oficial de la Legión de Honor hubiera ordenado que no le hiciesen los honores militares. El estado de los ánimos, inflamados por los periódicos nacionalistas, era tal,

que la muchedumbre se lamentaba francamente de no ver soldados. El general Cartier de Chalmot, vestido de paisano, fué saludado con profundo respeto por la comisión de los abogados. Gran número de magistrados y de eclesiásticos se agrupaban ante la casa mortuoria. Y cuando al doblar de las campanas, precedido por la cruz y los cantos litúrgicos, el carro avanzó lentamente hacia la catedral entre las tocas blancas de doce religiosas seguidas por los chicos y chicas de las escuelas congregacionistas, cuya fila, gris y negra, se extendía en gran trecho: apareció claramente el sentido de aquella larga vida consagrada al triunfo de la Iglesia católica. El pueblo entero seguía en tropel. El señor Bergeret formaba también parte del cortejo. El señor Mazure, acercándose á él, le dijo al oído:

—No ignoraba que el viejo Cassignol fuera en vida un terrible sectario. ¡Pero no sabía que fuese tan devoto! Se llamaba liberal.

—Y lo era—respondió el señor Bergeret—. Tenía que serlo puesto que aspiraba á la dominación. ¿No es por la libertad por dónde se encamina uno al imperio?... Mi querido Mazure, me enternece usted.

—¿Por qué?—preguntó el archivero.

—Porque simpatizando con la multitud, despliega usted sin cesar la facultad conmovedora de ser engañado, y sigue absorto la procesión de los cándidos triunfantes.

—¡Oh!, si pretende usted hablar del Proceso—

contestó enérgicamente el señor Mazure—, le prevengo que no nos entenderemos...

—Bergeret, ¿conoce usted mucho á aquel eclesiástico?—preguntó el doctor Fornerol.

Él indicó con una mirada á un sacerdote ágil y gordo que se escurría entre la muchedumbre.

—¡El padre Guitrel!—dijo el señor Bergeret—. ¿Quién no conoce al padre Guitrel y á su criada? Le atribuyen aventuras contadas en otro tiempo por La Fontaine y Boccace. El caso es que la criada del señor Guitrel tiene la edad canónica. A este sacerdote, que será pronto obispo, se le atribuye una frase que me han contado y que á mi vez les voy á repetir. Dijo: «Si el siglo XVIII, puede llamarse el siglo del crimen; el siglo XIX podrá llamarse el siglo de la expiación.» ¡Eh! ¿Si fuera cierto lo que, según cuentan, opina el padre Guitrel?

—No—respondió el archivero—. El número de espíritus emancipados aumenta de día en día. La libertad de conciencia está para siempre conquistada. El imperio de la ciencia está consolidado. Pero temo un desquite ofensivo de los clericales. Las circunstancias favorecen á la reacción. Esto me preocupa. No soy como usted un *dilettante*. Amo á la república con amor inquieto y huraño.

Discurriendo de esta manera llegaron al atrio de la catedral. Sobre las cabezas calvas, canosas ó negras, por los ventanales abiertos, escapaban de la sombra cálida los sonos del órgano y el olor á incienso.

—Yo no entro ahí—dijo el señor Mazure.

—Yo entraré un momento—dijo el señor Bergeret—. Me gustan las ceremonias del culto.

Cuando entraron, el *Dies iræ* desplegaba sus amplias fórmulas. El señor Bergeret estaba detrás del señor Laprat-Teulet.

Veía en el lado del Evangelio, reservado á las mujeres, á la señora de Gromance, blanca en su traje oscuro, con los ojos como flores, y vacíos de todo pensamiento. Le pareció, acaso por esta razón, más deseable. El sochantre lanzó con voz potente á la extensa nave una estrofa del cántico de los muertos:

*Qui latronem exaudisti
Et Mariam absolvisti
mihi quoque spem dedisti.*

—Oye usted, Fornerol—dijo el señor Bergeret—: «*Qui latronem exaudisti*», «Tú que has perdonado á un ladrón y absuelto á una pecadora, también á mí me das la esperanza.» Hay sin duda alguna grandeza en dictar este lenguaje á toda una asamblea. Y el mérito es de esos visionarios huraños y dulces de los Abruzos, de los pobres servidores de los pobres, locos amables que renunciaban á las riquezas para escapar á los odios que las riquezas incuban. ¡Malos economistas eran los compañeros de San Francisco! El señor Meline oyerá hablar de ellos.

—¡Ah!—dijo el doctor—¡Son los compañeros de

San Francisco los que se preocuparon de cómo podrían atraer á esta muchedumbre!

—Creo que se rimó el *Dies iræ* en un convento franciscano, el siglo XIII—dijo el señor Bergeret—. Será necesario que consulte respecto á este punto, á mi gran amigo el comendador Aspertini.

El oficio de muertos terminaba.

Siguiendo al coche que conducía al cementerio el cuerpo del magistrado, el señor Mazure, el doctor Fornerol y el señor Bergeret, que iban juntos, cambiaron opiniones.

Al pasar delante de la casa de la reina Margarita:

—La escritura está firmada—dijo el archivero Mazure—. Terremonde, poseedor de la antigua morada de Felipe Tricouillard, ha instalado ahí sus colecciones con el propósito de vendérselas algún día muy caras á la ciudad de la que será el bienhechor. Ya se ha decidido también que Terremonde se declara partidario de Seuilly como republicano progresista, pero se supone por qué lado hará progresar á la República. Es un resellado.

—¿No le sostiene el gobierno?—preguntó el señor Bergeret.

—Le apoya el prefecto y le combate el subprefecto—respondió el señor Mazure—. El subprefecto está guiado por el presidente del Consejo, y el prefecto Womrs-Clavelin, sigue las instrucciones del ministro del interior.

—¿Ven ustedes esta tienda?—preguntó el doctor Fornerol.

—¿La tienda de la viuda Leborgne?—dijo el señor Mazure.

—Precisamente—dijo el doctor Fornerol—; el marido murió de un modo muy singular hace seis semanas. Murió de miedo, literalmente, por inhibición, al ver un perro que supuso rabioso y que no lo estaba.

El doctor Fornerol expuso las diversas muertes de hombres y mujeres para asistir á los cuales había sido llamado en el ejercicio de su profesión.

El señor Mazure, que era librepensador, sintió, con la idea de la muerte un gran deseo de tener un alma inmortal.

—No creo una palabra—dijo—de lo que enseñan las diversas iglesias que se reparten hoy la dominación espiritual de los pueblos. Sé muy bien cómo se elaboran, se forman y se transforman los dogmas. Pero ¿por qué no ha de haber en nosotros un principio razonador, y por qué este principio no ha de sobrevivir á la asociación de elementos orgánicos que se llama la vida?

—Quisiera preguntarle—dijo el señor Bergeret—lo que es un principio razonador; pero quizá le molestase.

—Nada de eso—contestó el señor Mazure—; llamo así la causa del pensamiento ó, si lo prefiere usted, el pensamiento mismo. ¿Por qué el pensamiento no había de ser inmortal?

—Sí, ¿por qué?—preguntó á su vez el señor Bergeret.

—Esta suposición no es absurda—dijo el señor Mazure alentado.

—¿Y por qué—preguntó el señor Bergeret—un señor Dupont no habitaría la casa de las Tintelleries que tiene el número treinta y ocho? Esta suposición no es absurda. El nombre de Dupont es muy frecuente en Francia y la casa que digo tiene tres pisos.

—No es usted serio—dijo el señor Mazure.

—Yo soy espiritualista de cierto modo—dijo el doctor Fornerol—. El espiritualismo es un agente terapéutico que no hay que desatender en el estado actual de la medicina. Toda mi clientela cree en la inmortalidad del alma y no admite ninguna broma sobre el particular. Las gentes en las Tintelleries, como en todas partes, quieren ser inmortales. Se les daría un disgusto diciéndoles que quizá no lo sean. ¿Ven ustedes á la señora Pechin que sale de la frutería con tomates en su cesta? Si la dijeran ustedes «Señora Pechin, disfrutará usted de las felicidades celestes durante millares de siglos, pero no es usted inmortal. Durará usted más que las estrellas, durará usted cuando las nebulosas se hayan convertido en soles, y cuando estos soles se hayan obscurecido, y en la inconcebible duración de las edades, vivirá usted sumergida en las delicias de la gloria. Pero no es usted inmortal, señora Pechin.» Si la hablaran ustedes en esta forma, no pensaría que

la daban ustedes una buena noticia y si, cosa imposible, tales razonamientos pudieran reforzarse con pruebas comprensibles para la señora Pechin, se desolaría, cayendo en la mayor desesperación; la pobre vieja comería sus tomates entre lágrimas.

«La señora Pechin quiere ser inmortal. Todos mis enfermos quieren ser inmortales. Usted, señor Mazure, y usted señor Bergeret, quieren ser inmortales. Ahora les confesaré que la inestabilidad es el carácter esencial de las combinaciones que producen la vida. La vida, ¿quieren usted que se la defina científicamente? Es lo desconocido que se va á la m...

—Confucio—dijo el señor Bergeret—era un hombre muy razonable. Al preguntarle su discípulo Kílou, cómo había que servir á los Espíritus y á los Genios, el maestro respondió: «Cuando el hombre no está todavía en estado de servir á la Humanidad, ¿cómo puede servir á los Genios y á los Espíritus?» «Permitidme—añadió el discípulo—que os pregunte: ¿Qué es la muerte?» Y Confucio contestó: «Cuando no se sabe lo que es la vida, ¿cómo ha de saberse lo que es la muerte?»

El cortejo seguía la calle Nacional, pasando frente á la Universidad. Y el doctor Fornerol, recordando los días de su infancia, dijo:

—Aquí hice mis estudios. Hace mucho tiempo. Soy más viejo que ustedes. Dentro de ocho días tendré cincuenta y seis años.

—¿Verdaderamente quiere ser inmortal la señora Pechin?—preguntó el señor Bergeret.

—Está segura de serlo—dijo el doctor Fornerol—. Si le dijera usted lo contrario, sin creerle, por supuesto, le guardaría rencor.

—¿Y no la extraña—preguntó el señor Bergeret—tener que durar siempre en el transcurso universal de las cosas? ¿No se cansa de alimentar sus esperanzas desmesuradas? Quizá no ha meditado mucho sobre la naturaleza de los seres y sobre las condiciones de la vida.

—¿Qué importa!—dijo el doctor—. No concibo su sorpresa, mi querido Bergeret. Aquella buena señora tiene religión. Es todo lo que tiene en el mundo. Es católica, habiendo nacido en un país católico. Cree lo que la enseñaron. Es muy natural.

—Doctor, habla usted como Zaïra—dijo el señor Bergeret—. *Hubiera estado cerca del Ganges...* Además, la creencia en la inmortalidad del alma es común en Europa, en América y en una parte del Asia. Se extiende en Africa con los productos de nuestras industrias.

—Tanto mejor—dijo el doctor—. Pues es necesaria para la civilización. Sin ella los desdichados no se resignarían con su suerte.

—Sin embargo—dijo el señor Bergeret—, los chinos trabajan por un corto salario. Son pacientes y resignados, y no son espiritualistas.

—Porque son de la raza amarilla—dijo el doctor Fornerol—. Las razas blancas tienen menos

resignación. Conciben un ideal de justicia y de grandes esperanzas. El general Cartier de Chamot tiene razón al decir que la creencia en una vida futura es necesaria á los ejércitos. Es también muy útil en todas las transacciones sociales. Sin el miedo al infierno habría menos honradez.

—Doctor—preguntó el señor Bergeret—, ¿cree usted que resucitará?

—Yo soy diferente—respondió el doctor—. No tengo necesidad de creer en Dios para ser un hombre honrado. En materia de religión, como sabio, lo ignoro todo; como ciudadano, lo creo todo. Soy católico de Estado. Creo que las ideas religiosas son esencialmente moralizadoras, y que contribuyen á infundir en el pueblo sentimientos humanos.

—Es una opinión muy general—dijo el señor Bergeret—. Me inspira desconfianza por su misma generalidad. Las opiniones comunes pasan sin examen. Muy á menudo no las admitirían si se fijasen en ellas. Sucede con ellas como con aquel aficionado á espectáculos, que durante treinta años entró en la Comedia Francesa diciendo á los porteros: «El difunto Scribe.» Un derecho de entrada, así justificado, no soportaría el examen. Pero no lo examinaban. ¿Cómo puede pensarse que las ideas religiosas son esencialmente moralizadoras, cuando se ve que la historia de los pueblos cristianos es un tejido de guerras, de asesinatos y de suplicios? No quieren ustedes que haya piedad más que en los monasterios. Sin embargo,

todas las clases de frailes, blancos y negros, píos y capuchinos, se han manchado con los crímenes más execrables. Los agentes de la Inquisición y los curas de La Liga eran piadosos y fueron crueles. No hablo de los papas que ensangrentaron el mundo, porque no es seguro que creyeran en otra vida. La verdad es que los hombres son animales dañinos, y siguen siendo dañinos cuando esperan pasar de este mundo á otro, lo que no es razonable, si en ello se piensa. De todos modos, no imagine usted, doctor, que niego á la señora de Pechin el derecho de creerse inmortal. Le diré á usted en su abono que no padecerá un desencanto al salir de esta vida, que una ilusión duradera tiene los atributos de la verdad, y que sólo sufren engaño los desengañados.

La presidencia del duelo había entrado en el cementerio. Los tres amigos acortaron el paso.

—Señor Bergeret—dijo el doctor—: si visitara usted gran número de enfermos, comprendería, como yo, el dominio de los curas. Y ¿no se sorprende usted á veces, dentro de sí, cuando no creyendo, al menos deseando la inmortalidad?

—Doctor—contestó Bergeret—, pienso, respecto á ese punto, como la señora de Dupont-Delagneau. La señora de Dupont-Delagneau era muy vieja cuando mi padre era muy joven. Le quería mucho y la agradaba mucho hablar con él. He sabido por él varios rasgos de aquella señora, y entre otros, éste:

«Estando enferma en el campo, el cura fué á

verla y la habló de la vida futura. Respondió con un gesto desdenoso que desconfiaba del otro mundo. «Me asegura usted—dijo—que el que lo ha hecho es el mismo que ha hecho este mundo. Ya sé de sobra cómo trabaja.» Pues bien, doctor: tengo, por lo menos, tanta desconfianza como la señora de Dupont-Delagneau.

—¿No ha soñado usted nunca—preguntó el doctor—con la inmortalidad por la ciencia, la inmortalidad en los astros?

—Vuelvo al pensamiento de la señora Dupont Delagneau. Me acongojaría mucho suponer que las constelaciones de Altaïr ó Aldebaran se parecieran al sistema solar; no valdría la pena del cambio. Respecto á renacer en esta bola, ¡gracias, doctor!

—¿De veras no quiere usted, como la señora Pechin, ser inmortal de una ó de otra manera?—preguntó el doctor.

Después de reflexionarlo mucho, contestó el señor Bergeret:

—Me contento con ser eterno, y lo soy, en mi esencia. En cuanto á la conciencia de que disfruto, es un accidente, doctor, un fenómeno de un instante, como las burbujas que se forman en la superficie del agua.

—De acuerdo. Pero no hay que decirlo—replicó el doctor.

—¿Por qué?—preguntó Bergeret.

—Porque semejantes doctrinas no son oportunas para la mayoría, y porque hay que hablar

como la multitud, si no se piensa como ella. La comunidad de creencias hace fuertes á los pueblos.

—Lo que es cierto—repuso el señor Bergeret—es que los hombres, animados por una fe común, no encuentran nada tan urgente como exterminar á los que piensan de otro modo; sobre todo si la diferencia es muy pequeña.

—Vamos á oír tres discursos—dijo el señor Mazure.

Pero el señor Mazure se engañaba. Se pronunciaron cinco discursos, de los cuales nadie oyó una palabra. Los gritos de «¡Viva el ejército!» estallaron al paso del general Cartier de Chalmot. El señor Leterrier y el señor Bergeret fueron perseguidos por la gritería de la juventud nacionalista.

IX

Una húmeda noche del mes de Mayo, las señoras de Brecé, en el gran salón, hacían labores de punto para los niños pobres. La vieja señora de Courtrai, en pie, de espaldas á la chimenea, alzándose las faldas se calentaba las pantorrillas. El señor de Brecé, el general Cartier de Chalmot y el señor Lerond hablaban, esperando la hora de comenzar su partida de *whist*.

El señor de Brecé abrió un periódico de la víspera, que había sobre la mesa.

—Las hostilidades no han empezado seriamen-